

El tiempo del hombre

Brotaba sangre de la herida que hizo la bala en su pecho, pensó en poner su mano contra ella, pero el hombre sabía que no tenía caso; iba a morir pronto. Gotas pequeñísimas resbalaban por su carne, cada una contaba los segundos, como la sangre cuenta siempre del tiempo. La bala fue la que perforó su piel, pero él sangraba desde hace ya muchos años; el olor metálico marcaba el camino que tomó hasta llegar a este momento. Sería injusto pensar que solamente una bala es lo que lo ha matado. Por toda su vida había derramado gotas rojas; cada una igual de asesina que la bala que ahora se encuentra alojada en su pecho. Además de la bala está también el dedo índice en el gatillo, y el cuerpo al que insólitamente se encuentra unido. Ella soltó la pistola con un gesto calmado y ahora está parada frente al hombre, esperando a que pase el tiempo, a que él sangre un rato.

Con cada latido se esparce tantita vida por el cuerpo del hombre, dándole a saber que aún queda tiempo. Nadie le avisó que los latidos importan muy poco; que lo que pasa entre latido y latido es lo único que vale; el momento de brevísima incertidumbre donde él está vivo de verdad, solamente porque recuerda que puede morir. Cuando no sabe si llegará el siguiente latido; ahí surgió la belleza del hombre. Entre ola y ola del corazón es donde se hizo la espuma de donde nació el mundo, el momento para amar sin que estorben las palabras o el tiempo. En un instante como este no existen ninguna de estas cosas.

—Hazte a un lado, me estás tapando el sol. — dijo el hombre.

Ella permaneció quieta frente a él, en silencio. No había dicho nada en todo este tiempo, ni siquiera cuando jaló el gatillo. La bala apareció en el pecho del hombre mientras él esperaba afuera a que atardeciera; no se percató de que Ella también había salido de la casa hasta que se encontró tirado de espaldas contra el muro blanco, sangrando.

—Anda, ¿qué no ves que me queda poco tiempo?

Faltaban algunos minutos para que desapareciera el sol por completo debajo del horizonte, pero él comenzaba a tener frío.

Permaneció un breve silencio entre ambos.

—Voy a morir en esta tierra, lejos de todo; al menos déjame morir cerca del sol.

—Dime que recuerdas la playa— contestó Ella mirándolo a los ojos — El lugar en el que amamos; donde la sangre se hizo espuma entre las olas, donde el mar y el amor fueron la misma cosa.

Él se quedó callado unos segundos.

—Sabes bien que estamos lejos de la playa y que yo nunca he visto el mar.

Ella hizo el gesto de recoger la pistola del suelo, pausó por un momento y preguntó:

—¿Recuerdas a nuestros hijos?, dime que los amaste a todos y que sus nombres están grabados eternamente en ti.

Él pensó en mentirle, no tenía caso.

—Sabes bien que no tuvimos hijos y que siempre hemos estado solos tú y yo.

Ella tomó la pistola, se acercó al hombre y puso el arma con calma en su frente, entre sus ojos.

—Di mi nombre, dime el nombre del amor que has sentido toda esta vida.

Cada vez sentía más frío, las gotas rojas que resbalaban se sentían cálidas sobre su piel.

—Sabes bien que ni tú ni yo tenemos nombre.

Ella soltó la pistola, dejándola caer en el polvo; se alejó un pasó sin dejar de verlo a los ojos. Las escasas nubes se arrebolaron, y el cielo pintó de rojo a este mundo de arcilla.

—Dices que estamos lejos de todo pero no hay nada más allá, este monte es todo, el mundo está vacío.

El hombre no pensaba que el mundo estuviera vacío; había visto cosas a lo lejos, ciudades grises e iglesias viejas, pero sabía que Ella nunca había visto lo mismo. Seguido pensaba en ir a visitar esos horizontes borrosos, pero ahora era demasiado tarde, habían desaparecido.

—Ya no queda nada en el horizonte, todo lo que importa está aquí.

Pero quedaba aún el sol, a pesar de que todas las formas distantes parecían haberse derrumbado; quedaba siempre el sol, aunque fuera por unos minutos más.

Ella se hizo a un lado, dejando que al hombre lo iluminara una luz tranquila. Él sonrió mientras miraba directamente a la incandescente estrella, lastimando los ojos que sabía que no necesitaría nunca más.

—Este tiempo ya no es nuestro — dijo el hombre — el día terminará, y se secará la sangre con la que lo he manchado.

—Tenemos suerte; llegará el día en que mi piel te olvide.

El hombre sintió una sed desgarradora, y por un sucinto segundo: miedo.

—Tengo frío. — dijo debilmente el hombre.

—Hace frío. Voy adentro.

Brilló la sangre humana bajo los últimos rayos de sol, cada una de las gotas fue un espejo del cielo que se fue apagando poco a poco. Era una sangre profundamente humana la que resbalaba por su carne, sangre que alguna vez había sentido de todo, aunque ahora no pudiera recordar la razón de ninguna de estas cosas.

El hombre sintió como sus últimos latidos iban al ritmo con el que parecía later el muro sobre el cual recargaba su espalda y la tierra en la que estaba sentado; como si todo aquello hubiera tomado vida de repente.

Vio como el sol se partía a la mitad y se apagaba bajo el horizonte; dejando atrás un cielo oscuro mientras la grieta que lo había partido ahora se acercaba poco a poco por el horizonte, rajando la tierra hasta llegar a él. Sintió cómo la grieta trepaba el muro blanco a sus espaldas. En seguida trepó su pecho hasta llegar a su corazón, que se partió en dos con un débil crujido. Seguramente habrán terminado muchos como él, era una muerte simple. Lo hizo feliz que si alguien alguna vez alguien quisiera contar de cómo había muerto, bastaría con decir que murió sangrando, viendo al sol caer; o que murió sentado en el suelo, muy cerca del polvo. Quizá bastaría con decir que murió sin mucho sentido, sin memoria, con una sonrisa en la boca. Al hombre le entretuvo brevemente la idea de que alguien, un anónimo dios, pudiera pensar que había algún sentido en esta muerte.

Como todo lo que es humano, el sentido de todo esto se hizo polvo, colapzando en un pequeño e indescifrable montículo rojo. En el último instante de su vida, el hombre creyó escuchar el mar.

Ella despertó confundida por la mancha oxidada que había en el muro agrietado, afuera de la casa. La desconcertó también un pequeño montículo de polvo rojo en el suelo; se veía igual de confundido que ella, tal vez perdido.

Llegó una ola a llevarse el polvo y a mojar sus pies, como si hoy el agua le hiciera un favor, como si la aparente eternidad del mar no fuera la causa de este y otros absurdos; como si las cosas no valieran la pena sólo porque terminan. A Ella le invadió una tristeza

que no se pudo explicar, mientras la espuma del mar abrazaba tiernamente sus tobillos; era la tristeza de alguien que perdió algo que había olvidado que tenía, sin nunca haberlo recordado. Supo que nada nunca iba a ser distinto a como era en ese instante, con el palpitante del mar en sus pies, con el cielo azul por encima, con el sol a sus espaldas, donde jamás lo volvería a ver.

Sin aún saberlo Ella era libre.

Preguntó al viento distante:

- ¿Qué es eso de ahí? — recibió solamente silencio como respuesta.
- Eso de ahí, esa mancha, esa grieta. Dime qué es, ¿qué significa?
- Esto no puede haberse acabado, todavía queda tiempo.

Pero creo que Ella estaba equivocada, el tiempo se había terminado, junto con las palabras, junto con los dioses, junto con todo aquello que alguna vez fue humano. El viento se levantó en silencio, formando remolinos en forma de ojos.

La mujer suspiró tranquilamente, dejando que el mundo permaneciera en un solipsista instante entre olas que se repetiría por siempre; sin estar seguro el tiempo mismo de por qué o cómo es que pasó todo esto.